

# EL REY Y LA CIUDAD. LA ENTRADA REAL DE CARLOS I EN BARCELONA

*M.<sup>a</sup> Ángeles Pérez Samper*  
*Universidad de Barcelona*

Conocí a don Manuel Fernández Álvarez a través de Carlos V y conocí mejor a Carlos V gracias a don Manuel Fernández Álvarez. Ambas figuras son, pues, para mí —como supongo que para muchos otros— dos figuras inseparables. De ahí que, ocupándome desde hace tiempo del estudio de las visitas reales a mi ciudad, Barcelona, parecía imponerse, a pesar del cierto atrevimiento que supone, la elección de este tema como pequeña colaboración al tan merecido homenaje que con la publicación del presente volumen se le rinde.

En esta ocasión muchas son las cosas que podrían decirse sobre don Manuel Fernández Álvarez, como profesor, como investigador, como persona. Pero sólo una idea voy a apuntar. En sus fundamentales estudios sobre Carlos V y también, por supuesto, en sus otras numerosas obras, tanto las dedicadas a temas concretos como las de carácter general, igualmente en las oportunidades que he tenido de tratarlo personalmente, muchas son las cosas que he aprendido del profesor Fernández Álvarez, pero una entre todas quisiera destacar por lo mucho que siempre me ha impresionado: su gran humanidad como persona y, por tanto, como historiador. Tal vez sea precisamente ésa, al menos lo que es para mí, su mejor lección. Muchas gracias, don Manuel.

En el complejo panorama de las relaciones entre poder y sociedad, entre las múltiples vías posibles de aproximación y conocimiento del tema, el estudio de la ceremonia juega un interesante papel. Buen ejemplo lo constituye la «entrada real», un brillante festejo cuyo análisis puede resultar muy ilustrativo del fenómeno general del encuentro entre el Rey y el Reino, entre el monarca y su pueblo, en este caso concreto expresado a través de dos sistemas rituales, el de la Corte y el de la Ciudad, que si ya son muy interesantes en sí mismas, alcanzan al ponerse en relación un alto grado de elaboración y refinamiento <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Para el tema que nos ocupa vid por ejemplo entre otros: JACQUOT, J. (ed.), *Les Fêtes de la Renaissance*, II: *Fêtes et cérémonies au temps de Charles V*, Paris, 1960 (nueva ed. 1975).

La entrada real, pública y solemne, era heredera en la época moderna de una larga tradición, que tenía sus raíces en la antigüedad y que había ido estableciéndose y enriqueciéndose durante los siglos medievales.

La entrada del Príncipe en las villas de su reino suponía el planteamiento de un diálogo entre el Rey y la Ciudad, inspirado y dirigido por la teoría y la praxis del pacto político, como muestra muy claramente el caso de Barcelona. Ahora bien, con el progresivo desarrollo del poder de la Monarquía, resultaría evidente, a medida que pasase el tiempo, el papel preponderante concedido a la exaltación de la gloria del soberano en el delicado equilibrio entre la creciente tendencia al absolutismo regio y la permanencia de las tradicionales libertades medievales y la defensa de los privilegios ciudadanos. La entrada de Carlos I en 1519 resulta un buen ejemplo de la frontera entre ambos tiempo, el medieval y el moderno, en la que se inscribe la figura del Rey-Emperador<sup>2</sup>.

La ceremonia de la entrada real se celebraba tradicionalmente la primera vez que el monarca visitaba la Ciudad. Carlos I, que había llegado a España en 1517, después de su encuentro con Castilla, se dirigió a sus reinos de la Corona de Aragón para cumplir con la obligación del juramento ante las Cortes<sup>3</sup>. Se hallaba todavía en Zaragoza, cuando ya Barcelona comenzó los preparativos para su próxima venida. El 10 de agosto de 1518 el Consell de Cent, siguiendo la tradición de festejar solemnemente la primera visita de su Príncipe a la ciudad, como demostración de alegría por su venida, acordó que con aquel motivo se organizaron «moltes festivitats; alegries y serimonies» y que se le entregara el habitual obsequio de una vajilla de plata labrada y dorada, —compuesto en esta ocasión por un salero, dos fuentes, cuatro jarros, cuatro trazas, dos platos grandes, doce escudillas, doce platos pequeños, dos frascos, dos candelabros, una copa, una taza y otra fuente, objetos encargados a diferentes plateros de la ciudad, por valor de doscientos marcos, equivalentes en 1519 a 2.277 libras—.

Haciendo constar una especial puntualización en el motivo de la celebración:

«Si de tots los altres reys passats aquesta ciutat ha acostumat y acostuma fer dites coses, molt mes es degut sie fet per la prefeta magestat del rey e princep nos-

CHECA CREMADES, Fernando, *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento*, Madrid, 1987.  
CHECA CREMADES, Fernando, «La entrada de Carlos V en Milán el año 1541» en *Goya*, 151, 1979, pp. 24-31.

<sup>2</sup> Este trabajo se basa fundamentalmente en la documentación publicada en el *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*, Edició completa del Manuscrit de l'Arxiu Històric de la Ciutat per A. Duran i Sanpere i Josep Sanabre, Pvre. Barcelona, 1947, 2 vols., vol. I, pp. 391-402. Para una visión general comparada de las entradas reales vid mi estudio: PÉREZ SAMPER, M.<sup>a</sup> Àngels, «Les festes reials a la Catalunya del Barroc», en Jornadas sobre el Barroc català, Girona, 17-19 diciembre de 1987 (en prensa).

<sup>3</sup> Para las relaciones entre Carlos V y Cataluña además de las obras generales vid algunos trabajos como el del propio FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, «Carlos V y Cataluña» en *Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, n.º 5, Barcelona, 1985, pp. 21-29. Y también REGLA, Joan, «Política de Carlos V en Cataluña» en *Carlos V*, Granada, 1958, pp. 257-270, y «Carlos V y Barcelona» en *Estudios Carolinos*, Barcelona, 1959, pp. 39-51.

tre senyor, com sie maior senyor y de maior imperi e senyoria que jamás sie stat rey algú de Aragó»<sup>4</sup>.

En las sesiones del 10 y 18 de agosto se deliberó sobre los preparativos de la entrada. Ante todo se encargaron los elementos fundamentales para la ceremonia, la confección del dosel, el palio y el gran tablado cubierto que debía levantarse en la plaza de San Francisco. También se ocuparon de la decoración, con el proyecto de los diez «castells» para el adorno del itinerario, sobre los siguientes temas: «Infern, Paradís, lo Juy, Assenció, sancta Cateryna y Sanct Joan, los Sancts Pares, Adam y Eva, Bellem o los Reys y sanct Gem», apuntando la idea de acordar con el capítulo de la Catedral su posterior utilización en la Fiesta de Corpus. Tampoco podía faltar la preocupación por el vestuario, mandando confeccionar nuevos trajes de lujo para los Consellers y también para los juglares y trompetas de la ciudad. Lo único que se suprimió fue un banquete protocolario que anteriormente se ofrecía al monarca.

Como complemento que diera mayor dimensión a la ceremonia se decretaron luminarias, justas y otras fiestas. Se acordó cargar los gastos al fondo del derecho extraordinario sobre la harina, autorizando al Clavario para realizar las oportunas gestiones.

Don Carlos llegó a la villa de Molins de Rei, próxima a Barcelona, el 7 de febrero de 1519, pero su entrada en la capital del Principado se retrasó durante una semana a causa de algunas dudas y divergencias sobre la oportunidad del juramento real de los privilegios de la ciudad, parte esencial del rito:

«los honorables consellers sentint que sa majestat volia jurar en lo pla de Framenós, ahont es acostumat fer lo jurament lo dia de la entrada per salvetat dels privilegis, usos e consetuts atorgats a la present ciutat e territori de aquella, com a conregnant ab la sereníssima reyna dona Juana sa mare, entenia a dissentir a dit jurament per via de suplicació en scrits. E per que los tractadors de part de sa magestat no volien consentir a dit dissentiment, per tant dits honorables consellers hagueren diversos colloquis y parers de doctors, per saber si perjudicaria la presentia dels consellers en dita jura, sens dissentir a aquella per via de suplicació».

Las especiales circunstancias en que Don Carlos había recibido la herencia española proyectaban también su sombra sobre este asunto. Pero el conflicto se solucionó gracias al parecer del Cardenal de Tortosa que se presentó en la Casa de la Ciudad y disipó las dudas y escrúpulos legalistas con un dictamen favorable a la pretensión real, concluyendo que «será grand servey de sa magestat que no parassen en aqueix punt».

Zanjada la cuestión, el día 14, siguiendo la costumbre establecida, los consellers, acompañados por el veguer, los cónsules de la Lonja y algunos personajes destacados de los diversos estamentos de la ciudad, salieron al encuentro del Rey,

<sup>4</sup> Archivo Municipal de Historia de la Ciudad (A.M.H.C.), Barcelona. Consell de Cent, Registre de Deliberacions, 1518-1519, fols. 68-69.

que venía de camino, para darle la bienvenida y besarle la mano en riguroso orden jerárquico:

«Ço es que's meteran devant primer los verguers dels cónsols: après los vergués dels dits honorables consellers: après lo honorable veguer ab lo conseller en cap e mossén Pere Girgós, ciudadá: après lo conseller segon ab mossén Pere Lull; après lo conseller terç e mossén Miguel Setantí, après lo conseller quart ab lo cónsol ciudadá e lo sindich de Perpinyá e mossén Juan Bastida, ciudadá de Barcinona; après lo quint conseller ab mossén Galceran Fivaller e lo cónsol merchader; e après molts ciutadans, merchaders, artistes e menestrals. E així en lo dit horde se encontraren ab lo dit senyor poch a prés de Prohençana, qui venia ab capa de brocad, portand guió devant sa magestat. E de continent que lo dit senyor vahé los dits consellers e companyia dels demunt dits, així com era a cavall, sens descavalcar, primer lo honorable vaguer, après après lo conseller en cap e après tots los altres, per lur horde, se acostaren al dit senyor; e inclinats fins als colls de les mules, besaren la ma del dit senyor».

Después los Consellers y demás personalidades barcelonesas acompañaron a Don Carlos hasta el monasterio de Valldonzella donde según la tradición el Rey debía alojarse en vísperas de la entrada solemne en la ciudad. Como era ya muy tarde, el cortejo iba escoltado por un numeroso grupo formado por menestrales y jóvenes de los gremios y cofradías que portaban cien antorchas para iluminar y alegrar el camino.

«per rahó de la vinguda lo dit senyor en dit monestir, lo mestre de la artilleria, per demostrar la gran alegria que aquesta ciutat sent de la benaventurada vinguda de dit senyor, tingués la artilleria de la ciutat, ab copia de mascles, a punt en orde per a festivar dita vinguda; e així fonch fet, que essent lo dit senyor a la Creu Cuberta, comensá a desparar huns quants canons grossos e alguns mascles, e après, arribant a Valldonzella, despará tots los altres, que fonch cosa molt be consertada, e paregué be als miradors. E per aquella nit e per les dues altres següents, foren fetes grans alimares per tota la citat ab balls y falles per les places, que era gran demostració de jucunditat. E lo dit senyor entrá après de sopar en la ciutat a mirar les alimares».

Fue entonces cuando se fijó el día y la hora de la ceremonia por acuerdo entre el notario y escribano Juan Lorens Calca, por parte de la Ciudad y el vicecanciller Antoni Agustí en nombre del Rey, para el martes día 15 de febrero.

Con el fin de asegurar y completar el esplendor de la jornada, el Consell de Cent hizo un llamamiento a los habitantes de Barcelona anunciando el itinerario de la gran procesión regia y exortándolos a colaborar y participar en la fiesta:

«E com per lo Consell de cent jurats sie stat deliberat que per la novena y benaventurada venguda de sa altesa sie feta bella festa e sollemnitat, segons a tal e tan gran rey, princep e senyor se pertany, per tant, los dits honorables consellers, denunciand les dites coses, preguen y exorten a tots los poblats y habitants en la dita ciutat que lo dit die present e lo die de demá vullen festivar la dita entrada no obrint les portes de lurs botigues ni obradors e vestint-se quiscú com millor porà, e los qui portan dol lo dexen per los dits dos dies, e los qui tenen lurs cases per los locs dessusits per ont lo dit senyor deu passar netegen e scom-

bren los carrers e places de lurs encontrades y ampalien los enfronts de lurs cases del millors draps que poran, y en la vesprada del die present y de demá facen alimares ab lurs focs, sons, balls y altrás jocunditats y alegries honestas»<sup>5</sup>.

La entrada real, fiesta oficial y de exaltación del poder, alcanzaba así su carácter de síntesis al incorporar también al conjunto de la sociedad, desde las diversas autoridades y representaciones institucionales hasta el pueblo que participaba con su asistencia, más o menos entusiasta, aunque fuese en el simple pero fundamental papel de espectador. Doble dimensión, oficial y popular, necesaria e imprescindible pues en las fiestas reales se trataba precisamente de conseguir esa finalidad de comunión entre el Rey y su pueblo, un momento de aproximación y encuentro, aunque simbólico y efímero, pero de gran potencialidad.

En la expresión de ese encuentro juegan un importante papel las corporaciones, gremios y cofradías, en su vertiente como medio de encuadramiento de la sociedad. Para ello se contaba con su especial participación a la que eran convocados expresamente por el Consell de Cent:

«E noresmenys, statuiren e ordenaren los dits honorables consellers y prohomens, y preguen y exorten a tots los cónsols, prohomens y altres caps de officis y confraries de la dita ciutat que encontinent, ab lurs penons y banderas sien a la plaça del Vi, e que tots los particulars dels dits officis y confraries haien a seguir los panons y banderas de aquells segons seran ordenades, y star a ordinatió dels dits cónsols, prohomens y altres caps e majorarls lurs, sots ban de deu sols y altres bands per ordinations de la dita Ciutat statuits y ordenants; e vindrá per lo carrer de les Polleres, passants devant lo dit senyor, stant en lo dit cadafel dels Frares Menors, faents a la gran altesa sua las reverencias acostumades, e tirant per lo carrer Ample tornar-se'n han en los lochs de hont serán partits»<sup>6</sup>.

Tal como se había fijado, la mañana del día 15 comenzó la ceremonia reuniéndose en la Casa de la Ciudad, los Consellers junto con sus invitados, «molts notables, ciutadans, mercaders, artistes y menestrals».

Todos a caballo, precedidos de diecisiete trompetas y juglares, integraban el cortejo cívico que debía salir a recibir a Don Carlos a las puertas de la muralla. Hacia las doce del mediodía emprendieron el recorrido desde la plaza de Sant Jaume, por el Call, Boquería, calle del Hospital hasta el portal de Sant Antoni, lugar tradicional de inicio de la entrada regia. Una vez allí enviaron recado al monarca, que se presentó hacia las tres de la tarde con un lujoso séquito: «acompanyat de molta nobleza, així de flamenchs com d'espanyols» —según precisa la crónica—.

En el Portal de Sant Antoni comenzaba propiamente la ceremonia. Este momento inicial constituía uno de los puntos culminantes del rito y consistía básicamente en la apertura simbólica de las puertas de la muralla de la ciudad ante la presencia del Rey —normalmente expresada a través de la entrega de las llaves, aunque el dato concreto no consta para el caso que nos ocupa—. La bienvenida tomaba forma de espectáculo con una representación alegórica de carácter a la

<sup>5</sup> A.M.H.C. Consell de Cent, Registre d'Ordinacions, 1510-1518, fol. 188.

<sup>6</sup> Ídem.

vez cívico y religioso, que variaba en cada ocasión. En 1519 la decoración figuraba el cielo, tal como explica el Llibre de Solemnitats:

«E arribat lo dit senyor al camí real del portal de Sant Anthoni, les portes del cel qui ere bastit sobre lo dit portal de Sant Anthoni, se obrien, e lo cel aparegué en la forma dejús escrita, que eren tres archades, sobre les quals, y en la sobirana al mig, era lo Deu; al costat de la part dreta, era madona santa María; e a la part esquerra sant Juan; e als costats, ço es, a la hu de la part dreta, n'Elies, e a la part esquerra Enoch. E al segon arch e mijá havia sis angels sonants instruments de corda, vestits los tres ab camís blanchs, los altres tres ab camís e dalmáticas vermellas de la Ciutat, y tots ab les cares y les ales de angels. E en lo terç arch e iusá, eran sis angels vestits de la mateixa manera dels altres sis dessus dits, e totes les portes del cel y espalles eren pintades de strellas ab cherubins, a modo de cel; e sonant los dits angells feyen una gran melodia».

Acto seguido, al hallarse Don Carlos al pie de la puerta, comenzó a bajar una caja sostenida por una grúa, en la cual había cuatro personajes, «vestits com a angels, sens cares e ab ales, y al cap cabelleres e germalls ab sobrevestes de tela blanca daurades», que comenzaron a cantar, en latín, unas invocaciones, referidas a Dios en la liturgia de la Iglesia, pero igualmente aplicables, en una fácil trasposición, al Rey, imagen de Dios en la tierra. Evidente signo de la sacralización de la figura del soberano.

«Domine, tua est potentia; tuum est regnum, Domine; tu es super omnes gentes. Domine, ad te sunt oculi nostri. Da pacem, Domine, et justiciam in diebus nostris».

Una vez junto al Rey, después de hacerle la correspondiente reverencia, uno de ellos le dirigió un parlamento, también en latín. En esta bienvenida, se manifiesta la alegría por la presencia real, en tanto que su ausencia, como la del sol, suponía el horror de las tinieblas, en una clásica comparación del monarca con el astro solar, formulando los mejores votos para un feliz reinado:

«Temporis brevitate exclusus ac regie celsitudinis tue magnitudine preterritus, prestantissime et clementissime princeps, explicare non possum ingentem incredibilemque leticiam, que in hoch quoque optatissimo maiestatis tue adventu, animos populi tui, iam pridem languentis et nimia expectatione defessos, hodie conplectitur; qui hactenus absente catolico rege suo hach justissimo domino tanquam, subblato sole in horrore et tenebris sentire visus est; quare pro summa illa fide, quam illibatam semper intactamque majores nostri erga suos reges habuerunt et nobis erga maiestatem tuam observandam integre reliquerunt, celsitudinem tuam supplices horamus uti hanch rem sub tuamque maiestatis tue imperio placidissime succumbit excipiat et ab injuria sceleratorum deffensam placatus omnium dissidiis tranquillissime componere dignetur. Dixi».

Al final, el mecanismo devolvió los ángeles al cielo, mientras cantaban unas invocaciones inspiradas en los salmos, de características similares a las de la bajada.

«Laudate Dominum omnes gentes, laudate eum omnes angeli quoniam confirmata est super nos misericordia ejus et veritas Domini manet in eternum».

Terminada la representación en el Portal de Sant Antoni y después de las reverencias y saluciones de rigor, se organizaba el cortejo. Los grandes protagonistas de la ceremonia eran el Rey y la Ciudad representada por el Consell de Cent y también por el público espectador que con su asistencia, aplausos y aclamaciones completaban el círculo. Pero la figura central era naturalmente el Rey, cuya presencia personal era la razón de la fiesta y en torno al cual giraba todo el ritual. El Rey iba vestido y enjoyado con gran lujo, como signo de su poder y condición regia:

«e nava lo dit senyor vestit de una roba de brocad ras, turquesat, alforrada de taffatá [     ] ab barreta negra al cap, mija gorra ab un fermall».

Montaba sobre una cabalgadura, en este caso una mula ricamente enjaezada. Y se situaba bajo el palio:

«que era de drap de seda carmesí, brocad d'or, lo qual novament fonch fet per causa de la dita entrada».

Signo de honor y respeto que estaba reservado sólo a la majestad, la divina y la terrenal. Así como en la entrada real era el rey quien iba bajo palio, en la procesión de Corpus era la Custodia, siendo ambas los dos grandes desfiles, religioso uno, regio otro, de la ciudad. El monarca iba rodeado de los Consellers que, en riguroso orden de jerarquías, portaban las riendas de la montura real, y las varas y bordones del palio, y seguido por el resto de los consellers y sus propios cortesanos y acompañantes.

Inmediatamente antes de Don Carlos le precedía su caballerizo mayor, un noble flamenco, que llevaba protocolariamente la espada real, en claro símbolo del soberano como guerrero victorioso, defensor de su reino y de su pueblo, alusión de raigambre heroica y caballeresca. El desfile lo abrían el grupo de trompetas y juglares de la ciudad que abrían paso y reclamaban la atención de la multitud congregada.

El itinerario fijado por los precedentes partía del Portal de Sant Antoni, y recorría la calle del Hospital hasta el Portal de la Boquería y después Rambla abajo por el Portal dels Frares Menors, que estaba delante de las Atarazanas y por la calle conocida como Dormidor de Sant Francesc hasta el Pla de Frares Menors. Todo el recorrido se hallaba lleno de gentes y adornado con colgaduras. Dato interesante eran las tradicionales tribunas que se colocaban como en otras ocasiones similares frente a la puerta del Hospital «e allí posats los ygnocents e orats als mitres e en altres maneres» —según anota la crónica—.

En el pla de Frares Menors, que así se llamaba por hallarse junto a un Convento de franciscanos, tenían lugar dos de los acontecimientos principales del ritual, el juramento de los privilegios de la ciudad y el desfile gremial. La plaza estaba especialmente adornada, cubierta hasta la mitad por un entoldado de telas rojas, amarillas y blancas. Allí se elevaba, ante la casa de los Montcada, un tablado tapizado en color rojo y presidido al fondo por un dosel real de brocado muy rico y con los frentes decorados por telas de raso. Sobre el tablado, en alto, se hallaba situada la silla de la Ciudad con sus cojines de color verde.

Al llegar a la plaza el cortejo se detenía y después de descabargar, Don Carlos, siempre rodeado por los Consellers, subía al tablado y tomaba asiento. Entonces del Convento de los Frailes Menores salían en procesión los portadores de una reliquia de la Vera Cruz y un misal sobre los cuales el Rey prestaría juramento ante el Arzobispo de Tarragona:

«E lo dit senyor rey se levá de la dita cadira e posá los genolls sobre un coxí, e axí agenollat, posá ses mans sobre lo dit missal, e jurá sobre aquell e la dita Vera Creu tenir e servir constitucions, privilegis, usos e costums e altres libertats en aquesta ciutat per los antecessors reys atorgats».

Como colofón de esta ceremonia de gran significado político, que sellaba el pacto entre el nuevo monarca y la Ciudad de Barcelona, se realizaba el besamanos del Rey por todos los Consellers y sólo por ellos, en acto de homenaje y aceptación del juramento.

A continuación comenzaba el desfile de los gremios, que era uno de los elementos más festivos y vistosos de la ceremonia, además de resultar muy representativo de la vida ciudadana:

«E estant lo dit senyor en sa cadira, passaren totes les cofraries de la ciutat ab lurs panons e alguns entremesos, sots l'ordre següent.

Primo, lo garbelladors ab lur panó.

Item, marinés ab lur panó.

Item, barqués ab lur panó.

Item, revenedors ab lur panó.

Item, flasaders ab lur panó.

Item, botés de fusta prima ab lur panó.

Item, matalafers ab lur panó.

Item, ostalers ab lur panó.

Item, perayres ab lur panó, lo qual panó portava un hom a cavall, molt ben vestit e abillat; e lo cavall era enmantat de manta de drap de lana vert, fins en terra; e tots los altres, com a comanadors de san Juan, portant un Crucifix, ab concert des certs cantors de bones veus.

Item, corredors de coll ab lur panó, ab cert entremés de omens nus a cavall.

Item, spasés ab lur panó, ab la representació de sant Pau, qui portava la gran spasa qui es de la Ciutat.

Item, ortolans ab lur panó, ab cert entremés de dos asens qui lauraven, e homens e dones que sembraven lavor d'espínachs, ab una [ ] rosegnat faherents be lo dolent.

Item, matrassés ab lur panó.

Item, fustés y mestres d'axa ab lur panó.

Item, texidors de drap de lana ab lur panó.

Item, cothoners ab lur panó.

Item, mercers ab lur panó, ab representació de sant Juliá cavalcant, annant a casá en companyia de altres de cavall, ab una tanca feta a forma de un bosch ab rama, del qual feran volá molta natura de osselss, ço es, coloms, tortres, gualles, musols e altres; e barretas de grana, tots en una manera vestits, ab cascavells a les cames, fahent lo ball de la tribalda, tots enramats de fulla d'aura.

Item, calsatés ab lur panó.

Item, blanquers ab lur panó.

Item, assahonadors ab lur panó.

Item, texidors de draps de lli ab lur panó.

Item, mestres de cases y molers ab lur panó.

Item, botés de fusta grossa ab lur panó.

Item, gerrés e ollers ab lur panó.

Item, fornés e flaquers ab lur panó, tots vestits de drap de lana blanc, ab barretas de grana, cascú en son cap.

Item, farrés ab lur panó, ab representació de sant Oloy, qui anava sobre bestia ab cadira; devant ell anava la bibria de la Ciutat, qui lançava foch per la boca.

Item, pellisera ab lur panó.

Item, freners ab lur panó, vestits tots ab mantons de tela blanca sembrats de argenteria, ab capells e sombreros als caps.

Item, argenters ab lur panó, molt ricament vestits ab mantons e robes, tots de xaparia d'argent, ab barretas algunas totas de plata d'argent, e altres de draps ab joyells e fulles d'argent; e alguns portaven en lur coll cadenes de argent.

Item, sastres ab lur panó, ab tots los promens e molts d'altres, vestits ab robes rastrants de drap de lana, ab mánagues mantellines de vellut negre, portant en punys espervers, xurigués e altres».

Todas las cofradías realizaron las reverencias oportunas ante el Rey y una vez terminado el desfile se reemprendió la marcha de la misma forma que en el tramo anterior.

El camino seguía por la calle Ancha, Cambios, iglesia de Santa María del Mar, Borne, Montcada —una de las calles más señoriales de la ciudad, donde se hallaban importantes casas-palacio de la nobleza catalana— hasta llegar a la Capilla d'en Marcús y por la Boria hasta la Corte del Veguer.

Allí se producía otro de los episodios más característicos de la ceremonia en el cual el Rey se manifestaba como Padre de su pueblo, Señor misericordioso y Supremo Juez, que mostraba su soberanía y su poder no con el castigo, sino de forma más espléndida y magnífica con el perdón y la clemencia:

«E quant lo dit senyor foch devant la Cort, los presoners, qui eran detenguts presos, sentint lo dit senyor rey, cridaren a grans crits: “senyor, misericordia”, per moltes vegades. E lo dit senyor, sentint los crits, volgué, que tots los presonés que no avien instancia de part, fossen deslliurats de pressó; e axí u feren».

Después proseguía el recorrido por la plaza del Palacio Real, calle de los Speciers, plaza de Sant Jaume y pasando frente al palacio de la Diputación hasta llegar al palacio episcopal. Como puede verse, se trataba de incluir en el itinerario todos los lugares y edificios más significativos de la ciudad tanto civiles como religiosos.

En el palacio episcopal comenzaba la última parte de la ceremonia de entrada, que tenía un carácter plenamente religioso. En un simbólico camino ascendente, el ritual culminaba en el momento en que la majestad terrenal, el Rey, a la que la Ciudad estaba ensalzando, rendía pleitesía de adoración a la majestad celestial de Dios, y veneración a la Santa Patrona de Barcelona, Santa Eulalia,

configurando así una imagen jerárquica completa y perfecta del orden natural, convenientemente estructurado y sometido al orden sobrenatural:

«E quant lo dit senyor fou devant lo dit palau descavalcá, e fonch rebut per lo clero de la Seu ab lo reverendissim senyor bisbe de gracia, vestit episcopalment, ab la creu e bandera de santa Eularia e ganfanons de la dita Seu, e tirá, la via del portal major de la Seu, en lo qual portal, ço es, a la part dreita de aquell, fou aparellada una cadira cuberta de drap d'or, ab un coxí posat en terra, sobre lo qual coxí lo dit senyor rey posá los genolls e adorá la Vera Creu, la qual tenia lo dit senyor bisbe. E adorada la dita creu, lo dit senyor, just lo pali, intrá dins la Seu, e intrant e passant per lo cor de la dita esglesia, tirá al altar majo, e altre vegada adorá la dita Vera Creu en ma del dit senyor bisbe. E aprés, devallá a santa Eularia, e feu oració sens adoració de la Vera Crey; aprés axí de la Seu».

Finalmente el cortejo, siempre en el mismo orden y disposición acompañaba al Rey hasta su residencia, en esta ocasión la casa del Arzobispo de Tarragona en la calle Ancha, escoltado ahora el monarca por cientos de antorchas llevadas por los miembros de las cofradías, pues era ya noche cerrada debido a la época del año, invierno, y sobre todo, a la larga duración de la ceremonia que por su misma naturaleza transcurría lentamente, a ritmo pausado, propio de la solemnidad del ritual y básico para la consecución del objetivo del encuentro, ver y ser vistos, entrar en comunicación. Una vez el Rey aposentado en su alojamiento y tras las oportunas despedidas, el Consell de Cent, todavía en comitiva ceremonial, regresaba a la Casa de la Ciudad de donde había salido al mediodía. Sólo entonces se ponía verdaderamente el punto final al evento. Sin embargo, la fiesta continuaba para los barceloneses con luminarias, bailes y otros espectáculos y entretenimientos, en una manifestación última de la dimensión popular de la fiesta real por excelencia, la entrada solemne del Príncipe en su Ciudad.

Resulta fácil imaginar, pues, el impacto que semejante ceremonia causaba en la población, especialmente si consideramos que se celebraba en muy pocas ocasiones cada siglo. Desde luego, no revestía en la capital catalana el esplendor que alcanzaban en otras villas y ciudades rituales semejantes. Con toda seguridad Don Carlos los contempló mucho mejores y más ricos y magníficos. Pero sin exagerar cabe decir que una entrada real hacía época en la historia de Barcelona y en la vida de muchísimas gentes que tenían oportunidad de contemplarla y la entrada real de Carlos V en 1519 significó, sin duda, un momento culminante de la relación del monarca con sus súbditos del Principado. Los catalanes no olvidarían aquella primera visita de su nuevo Rey, y tampoco Don Carlos podría olvidar su estancia en Barcelona, donde recibió precisamente la noticia de su elección como Emperador, que marcaría para siempre sus destinos.